

Si los militares colombianos van a asesorarnos, ya iremos descubriendo el horror de las fosas comunes, con multitudes de mexicanos en ellas.



Impunidad marca el 36 aniversario de la matanza del jueves de Corpus

□ Ni uno solo de los responsables de los crímenes ha sido castigado □ Familiares de desaparecidos realizan mitin frente al Campo Militar Número 1

■ 12

Gobernación y la CNTE fijan agenda para examinar la Ley del ISSSTE

■ 15 a 18

Polonia y Rumania albergaron “zonas de seguridad” de la CIA en Europa

□ Alemania e Italia bloquean pesquisa sobre secuestro de islamistas

■ 28

hoy **semanal**

columnas

NAVEGACIONES • PEDRO MIGUEL	4
DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
BAJO LA LUPA • ALFREDO JAUPE-RAHME	16
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	18

opinión

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	6
ANTONIO SERRATOS HERNÁNDEZ	21
ROLANDO CORDERA	22
GUILLERMO ALMEYRA	22
ARNALDO CÓRDOVA	23
ANTONIO GERSHENSON	23
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	25
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	36
CARLOS BONFIL	8a

EJE CENTRAL Las gitanas

CRISTINA PACHECO

Los invasores nocturnos: Hasta lo más profundo de nuestro sueño llegaron las órdenes de mi madre: “Levántense, pónganse el suéter y los zapatos. ¿Qué no oyen?”

En pie de guerra a mitad de la azotehuela, mi hermano mayor trataba de ahuyentar con sus gritos a quienes venían a ejercer el derecho de lanzarnos a la calle por falta de pago. Cuatro meses de renta acumulados en nuestras arcas vacías, en el escritorio del administrador, en la agenda del actuario, pesaban más que nuestra necesidad de vivir bajo un techo.

A través de la puerta de lámina oíamos cada vez más claros los llantos de los niños asustados por el escándalo y los gritos de las mujeres, que desde los quicios protestaban contra los “invasores”. Algunos vecinos se atrevieron a interceder por nosotros. Sus buenas intenciones se estrellaron contra los razonamientos de quienes se habían presentado a defender los intereses del casero: “En cuatro meses estas personas no han pagado el alquiler. Entre más tiempo pase más crecerá su deuda y entonces menos van a poder cubrirla. Por lo pronto tienen que salirse”.

“¿Y adónde quiere que nos vayamos?” preguntó mi hermano. “Es asunto de ustedes. Abran por favor y no compliquen más las cosas”. Era el fin de nuestra resistencia. Mi madre nos ordenó a mi hermana y a mí que termináramos de vestirnos mientras se dirigía al ropero para salvar sus únicas posesiones de valor: un misal con pastas de concha, unos aretes de filigrana y las pocas monedas que siempre guardaba en un bote de avena.

A pesar de las protestas de mi hermano, mi padre al fin abrió la puerta. El ruido metálico del pasador al descorrerse era la aceptación de su derrota. Los cargadores entraron y sin vacilaciones se dirigieron a los cuartos para sacar las camas, los colchones, el ropero, el tocador y dos sillas con asientos de brocado que nos dejó en resguardo un pariente en desgracia.

A mi madre le preocupaba menos el destino de aquellos muebles que el trato que los cargadores pudieran darle a sus objetos más preciados: las imágenes de santos, el radio RCA Víctor y los retratos de familia en marcos ovalados. “Por

favor, no los vayan a romper”. La súplica se perdía en la indiferencia de los cargadores que, hábiles como malabaristas, se pasaban de mano en mano los objetos. Para ellos carecían de valor; para nosotros lo eran todo.

Los muebles de cocina se dejaron para la última etapa del desalojo. Con el cincho a la cintura y los brazos desnudos, los cargadores empujaban sin miramientos la Tappan que había significado para nosotros el ingreso definitivo a la vida urbana y a la modernidad, y el desayuno pintado de amarillo al que llamábamos “canario”.

Mientras los hombres de la casa negociaban con el actuario, nosotras recorríamos los cuartos desiertos como si nunca más fuéramos a habitarlos. Los clavos inútiles en las paredes, las marcas de los muebles en el linóleo, eran como los puntos numerados que guían al dibujante para que logre articular una figura o un paisaje. Los cables de la luz, inservibles por el momento, al cruzar por las paredes desnudas formaban un tejido burdo, esponjado de polvo. Sobre todo por las noches eran el trapecio por el cual se deslizaban los aborrecidos insectos.

A PAGINA 39

NUDISMO EN DOS RUEDAS



Unos cien integrantes de la organización Bicitekas realizaron ayer desnudos un recorrido de Polanco a la fuente de la Cibelas —en los límites de las colonias Roma y Condesa—, con una escala en el Zócalo, para llamar la atención de los capitalinos sobre la importancia de reducir el uso del automóvil y exigir respeto para quienes optan por medios de transporte alternativos. En tanto, el Gobierno del Distrito Federal informó que este domingo se efectuará el cuarto paseo ciclista, que abarcará avenidas de la delegación Coyoacán como Universidad, Miguel Ángel de Quevedo, División del Norte y Río Churubusco ■ Víctor Camacho